



María Himelda Ramírez*

Las palabras en las páginas que aún no pasan

La elaboración de un texto para el número 23 de la Revista *En Otras Palabras* dedicado a las *Mujeres, la vejez y la paz*, sobre mis vivencias en una sociedad en conflicto armado interno durante más de medio siglo, me planteó varios desafíos. Estos retos me hicieron vacilar y concluir que no tengo nada relevante que contar sobre el impacto directo de la violencia en mi vida, pese a que ésta ha transcurrido en los contextos de la Guerra Fría, la Violencia en Colombia, el Estado de Sitio, el Estatuto de Seguridad, el terrorismo del narcotráfico, la política de Seguridad Democrática.

Por lo tanto estas páginas contienen fragmentos de gran simplicidad, expuestos en forma lineal, que tanto se objeta hoy, y compuestos de trazos dispersos consultados en la memoria familiar en la que traté de hallar resonancias del conflicto en mi vida, que envejece.

Desde mi nacimiento ocurrido en una familia de clase media, vivo en Bogotá, en un hogar en el cual nunca nos faltó lo indispensable y donde tampoco experimentamos los sobresaltos de otras personas, familias y poblaciones enteras, cuyos integrantes han sido violentados de las más diversas formas. El año 1951 nací en una familia que se incluía en una ciudad promisoriosa, a la que

mi padre regresaba en su madurez, luego de haber resuelto trasegar por varias poblaciones colombianas en compañía de mi madre. Un hijo y dos hijas conformaban el cuadro familiar que mi nacimiento descuadró, al no haber nacido varón.

Nací en el Hospital San José. Mi madre gozaba de una licencia de maternidad como pocas de sus contemporáneas, en su condición de empleada pública del entonces Ministerio de Comunicaciones, en donde también trabajaba mi padre. Ambos compartían su filiación política liberal. En algún momento me enteré que en una de las poblaciones en que trabajaron, en un ambiente de confrontación bipartidista, albergaron a un joven conservador colega de ellos, víctima de la persecución política, a quien mantuvieron escondido durante varios días. La amistad con ese joven se afianzó al punto de invitarlo a apadrinar a una de mis hermanas, entonces recién nacida, compromiso que él cumplió a cabalidad, habiéndome inclusive yo beneficiado de su cordialidad.

A los once o doce años de edad hallé un testimonio de los estragos de la violencia en los campos colombianos al encontrar en la sala de mi casa, el libro *La Violencia en Colombia* de Monseñor Germán Guzmán, obispo de El Líbano Tolima,

* Profesional en trabajo social, Magister y Doctora en Historia.

quien en ese libro documentó los horrores cometidos en contra de la población campesina y compuso ese testimonio inédito hasta entonces, en compañía de Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. Mi madre y dos de sus sobrinas mayores me espionaron con gran preocupación ojeando ese libro, que no volví a ver hasta cuando ingresé a la Universidad Nacional de Colombia a comienzos de los años setenta.

Mi vida transcurría en el ambiente más o menos apacible del barrio Palermo, en donde vivía y estudiaba sin mayores sobresaltos y con la referencia de que pasando la carrera 30 con la calle 45, ocurrían hechos extraordinarios. Cuando ingresé a estudiar Trabajo Social, carrera que buscaba un lugar en el ámbito universitario, junto con las jóvenes a quienes aún nos seducían para cursar carreras femeninas, encontré parte de las maravillas intuidas en mi adolescencia.

Por supuesto, en un ambiente de confrontación de ideas, posturas políticas, oportunidades culturales insospechadas, a veces intimidatorias y en ocasiones promisorias. También me encontré con una parte de los matices de la exclusión por motivos de género tan documentadas en las biografías de las mujeres pioneras en los espacios universitarios. Aún resuenan en mi mente los interrogantes pronunciados por voces cercanas y lejanas de entonces y que todavía escucho a veces, que indagaban, desde una pretendida autoridad académica, sobre la legitimidad de nuestra presencia en la universidad.

Mi experiencia profesional la inicié en el año 1975 en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, regional Boyacá, con sede en la ciudad de Tunja. El acceso al cargo lo logré gracias a las promesas del Frente Nacional que nos posibilitaron, a algunas personas de la generación de los años setenta, participar en concursos públicos de méritos administrados por el Servicio Civil, en

una época en que ciertos sectores sociales soñaron con disputarle al clientelismo tradicional la provisión de los cargos públicos.

Mi ingreso al ICBF se produjo justo el año de la I Conferencia sobre Mujer de las Naciones Unidas que sesionó con el lema *Igualdad, Desarrollo y Paz* en México D.F. Fui partícipe de algunos de los actos preparatorios de ese evento memorable, impulsado por la corriente de estudios sobre la mujer de la Cepal, en un ambiente en que se formaba el denominado años después, feminismo institucional, que tantos cuestionamientos suscitó en otras corrientes feministas con afinidades socialistas, marxistas, radicales y luego, postcoloniales.

En la capital boyacense, además de enterarme de que el país se extendía más allá del Puente del Común y de La Caro, en el límite norte de la ciudad de Bogotá, descubrí diferentes facetas del dolor experimentado por las violencias en el interior de los hogares.

¿De cuáles hogares? Primero que todo, de aquellos conocidos como instituciones de protección, en donde se albergaban las niñas y los niños en situación de orfandad o de abandono. En este caso, por cuanto las madres y los padres habían resuelto no asumir su cuidado, impactando de manera contundente sus vidas; me conmovían sobremanera las niñas y los niños a quienes se clasificaba de “difícil adopción”, por ser mayores de dos años, por sus rasgos físicos que no se ajustaban a los estereotipos de la publicidad de los productos Johnson, por las discapacidades.

También entré en contacto con los hogares conformados por las madres jefas de hogar, sobrevivientes de violencias ancestrales, abocadas a asumir los cuidados de sus hijas e hijos, despojadas de los recursos simbólicos y materiales para asumir esa tarea.

Además, observé la intimidación en que sobrevivían algunas madres, sus hijos e hijas, en la convivencia con esposos y padres convencidos de su supuesta superioridad; por ser varones adultos, por ser dueños de una porción de tierra de la que disponían a su antojo, por contar con el prestigio que les permitía -sobrios o ebrios- gritar, insultar, golpear, despojar; en ocasiones hasta matar a la madre de sus hijos e hijas.

Con el material recopilado a lo largo de esa experiencia vital y profesional, fui admitida también por concurso público y gestante, como profesora asistente del departamento de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Colombia. En este escenario logré organizar los primeros borradores de mis apreciaciones dispersas sobre la violencia en las relaciones familiares, en una época en que apenas se insinuaba la posibilidad del estudio por parte de las disciplinas sociales en Colombia, de esas violencias en la vida privada.

Al comenzar la convulsionada década de los años ochenta esos trabajos, realizados de manera espontánea, con recursos metodológicos que me interpelaban desde la ética sobre la licitud del uso de una información sobre el dolor en la intimidad, fueron apreciados por quienes habían sido mis maestras: María Eugenia Martínez y Florence Thomas, con quienes compartiría, a finales de la década, la grata experiencia de la fundación del Grupo Interdisciplinario Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional de Colombia.

Esos estudios multiplicados en el auge del pensamiento crítico, se fueron abriendo campo en otros escenarios como los contruidos por quienes organizaron los tres simposios internacionales de la Violencia en Colombia, albergados por la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Las tres versiones de esos simposios, sesionaron en la emblemática ciudad de Chiquinquirá, asolada por recurrentes estragos de las

violencias y fueron espacios de encuentro de una comunidad académica que buscaba la explicación de las imbricaciones entre las violencias en los espacios públicos, los privados y simbólicos.

Un hecho muy doloroso para mi familia, que ahora sí compartió con muchísimas familias colombianas un luctuoso acontecimiento, ocurrió durante la toma y retoma del Palacio de Justicia, el 6 y 7 de noviembre del año 1985, por parte del movimiento insurgente 19 de Abril, M-19 y del Ejército Nacional. El mayor de mis primos por línea paterna, magistrado de la Corte Suprema de Justicia, sucumbió... En su puesto de trabajo, quedaron tan sólo sus cenizas, sus lentes y una válvula de Hakim; restos que su esposa y sus hijos resolvieron depositar en el cementerio los Jardines de Paz para posibilitarnos cumplir con el rito funerario.

En la segunda mitad de la década de los ochenta mis dos hijas y mi hijo, en su adolescencia e iniciando su juventud, testificaron el terrorismo que se ensañaba en las ciudades; debatían con su madre y con su padre por su libertad, por su derecho a la ciudad limitado por el miedo que sentíamos ante las amenazas de las bombas en los lugares públicos.

No me había hecho cargo de lo que implicó para Milena, Ángela y Joaquín, ser parte de una generación que vivió un peculiar estado de sitio, hasta la difusión de una entrevista reciente con Andrea Echeverry, por el Canal Capital, a propósito de su reflexión sobre el aislamiento relativo no declarado, de las corrientes musicales en boga. Andrea reconoció la solidaridad de la banda musical argentina Soda Stéreo, al decidirse a llegar a Bogotá, pese a las declaratorias internacionales de ser una de las ciudades más peligrosas del mundo.

Un día del año 2008, cuando atendía los asuntos académicos de la inauguración de la *Maestría en*

Trabajo Social, énfasis en familia y redes sociales, una persona que se identificó como hija de la violencia de los años cincuenta me transmitió un mensaje conmovedor sobre sus orígenes, a la vez alentador sobre nuestra función académica. Ella saludó la experiencia que iniciábamos en el departamento, al ocuparnos del estudio de las condiciones de formación de las familias colombianas. Ella supuso que con seguridad abriríamos algunas páginas a las hijas e hijos concebidos en episodios de violencia sexual, la entereza de sus madres adolescentes, jóvenes y adultas, que a la vez que guardaban silencio, reclamaban justicia. Gracias Ana María, o como te llames, por esa voz de aliento y ese reconocimiento de nuestra posible contribución, en todo caso modesta, al estudio que es a la vez denuncia y búsqueda de transformaciones de los hechos de violencia sobre las mujeres en la cotidianidad de una sociedad en conflicto armado por más de sesenta años¹.

Bogotá, Mayo 2015

1 El mes de marzo de 2015 se dieron a conocer a la opinión pública colombiana, las doce elaboraciones de la Comisión Histórica sobre los Orígenes y el desarrollo del conflicto armado interno en Colombia. Estos textos fueron elaborados por doce académicos como parte de las conversaciones para lograr un acuerdo entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las Farc, en procura de la solución política al conflicto, que sesiona en La Habana, Cuba. Los informes, seis de ellos elaborados por personas designadas por el gobierno nacional y seis por personas sugeridas por las Farc, concuerdan en que los orígenes del conflicto radican en el problema de la distribución de la tierra y divergen en términos de la temporalidad. Sin embargo, es común la referencia a sesenta años del conflicto armado en el país.